

**ITALIA EN LA PERIFERIA DEL MEDITERRÁNEO.
LAS RELACIONES ÍTALO-ESPAÑOLAS ENTRE LOS
SIGLOS XIX Y XX: POLÍTICA, ECONOMÍA Y SOCIEDAD***

*ITALY IN THE MEDITERRANEAN PERIPHERY.
THE RELATION BETWEEN SPAIN AND ITALY IN THE 19TH
AND 20TH CENTURIES: POLITICS, ECONOMY AND SOCIETY*

MATTEO TOMASONI

El nacimiento del Reino de Italia contribuyó a cambiar notablemente las relaciones político-económicas en la Europa del siglo XIX. Países como Gran Bretaña, Francia o Alemania tuvieron que considerar la presencia de este modesto estado meridional, sobre todo en la óptica de futuras expansiones en el arco del Mediterráneo. Por su parte, también España - inmersa en una grave y secular decadencia política- no pudo evitar dirigir su atención hacia este cercano e histórico primo lingüístico. A pesar del difícil inicio, las relaciones entre los dos países se convirtieron en un continuo intercambio de acuerdos, tratados y hasta propuestas de relaciones culturales. El acercamiento de España durante la primera mitad del siglo XX, quedó así consolidada a la sombra del imparable ascenso del fascismo italiano que contribuirá -previa y durante el conflicto civil español- al nacimiento, no solo de un fascismo español, sino también al establecimiento de un gobierno dictatorial que permitiera la realización del viejo sueño italiano: la creación del “Mare Nostrum”.

The birth of Italian Kingdom helped to change in a very remarkable way the political and economic relations established in Europe along the 19th century. Countries like Great Britain, France or Germany had to consider the presence of this modest southern state, above all keeping in mind their future enlargement along the Mediterranean area. In this context, also Spain -lost in a deep and centuries-old political decadence- could not avoid paying attention to this close and historical linguistic relative. Even though the relation between both countries was not easy in the very beginning, later it gave place to a constant exchange of agreements, treaties and even cultural cooperation. The approach of Spain to Italy during the first half of the 20th century was especially important in the context of the increasing development of Italian fascism, which contributed -before and during the Spanish Civil War- not only to the birth of Spanish fascism, but also to establish a dictatorial government that could help to get the old Italian dream: to create a “Mare Nostrum”.

EL DESARROLLO DE UNA POLÍTICA EXTERIOR DURANTE LA CONSOLIDACIÓN DE LA UNIDAD NACIONAL: LAS RELACIONES ÍTALO-ESPAÑOLAS A FINALES DEL SIGLO XIX (1880-1898). Es una ardua tarea resumir la complicada red de relaciones político-diplomáticas que el recién constituido Reino de Italia tuvo que afrontar al intentar ganarse un espacio dentro del complicado panorama internacional de finales del siglo XIX.

MATTEO TOMASONI es licenciado en Historia Contemporánea en la Universidad de Bolonia (2008) y desde 2009 doctorando en la Universidad de Valladolid. Se está especializando en historia de la España contemporánea, en concreto en el periodo de la II República y el análisis de los primeros núcleos de la derecha radical: “La Conquista del Estado”, JCAH, JONS y Falange Española. Colabora además en otros proyectos académicos y es miembro del consejo de redacción de la revista *Diacronie*.

Parole chiave:

- España
- Italia
- Fascismo
- Primorriverismo
- Cuestión mediterránea.

Keywords:

- Spain
- Italy
- Fascism
- Primorriverismo
- Mediterranean question

* El presente artículo es la traducción, revisada por el autor, del texto publicado en *Diracronie. Studi di Storia Contemporanea*, nº5, enero de 2009.

La atención de los políticos italianos de la época se centró, sin duda, en reforzar una todavía débil homogeneidad estatal, debiendo tener bien presente además, un incompleto proceso unitario y una tímida presencia política dentro del concierto europeo.¹

El desarrollo de una política extranjera propiamente dicha se asentó durante el gobierno de la Derecha histórica (1867-1976), que tuvo como principal objetivo la resolución de la *questione romana*, que concluyó con la anexión de la ‘ciudad eterna’ en 1870.² El lento declive que llevó a la caída del gobierno de Minghetti, dio vida a una nueva fase política que abrió las puertas del Parlamento a la izquierda (mejor conocida como Izquierda histórica), guiada en aquel momento por el seguidor de Mazzini, Agostino Depretis.³ El proceso de desarrollo de una nueva fase de la política italiana, promovida por el mismo Depretis, se plasmó en la acción conjunta de la izquierda y algunos elementos de la derecha dispuestos a colaborar. Esta evolución definida como *trasformismo* contribuyó a consolidar las bases de un gobierno estable, capaz de poder favorecer una rápida reorganización no solo de la política interna (entre las que recordamos el proteccionismo económico y la *questione meridionale*), sino también de la política exterior.⁴ Fue justamente este último aspecto el que se convirtió en una constante obsesión para el mismo Depretis. Él, como otros colaboradores suyos, consideró importante ampliar al máximo la acción de la política exterior italiana, con el claro objetivo de obtener el reconocimiento del joven país en el circuito internacional. En 1882, siguiendo el ejemplo de otros países, el Estado italiano comenzó su aventura colonialista comprando a la compañía Rubattino la bahía de Assab en la región africana de Eritrea.⁵ Este acto, lleno de simbolismo, no solo confirmó la rapidez con que Italia había progresado en su proceso de metamorfosis histórica -esto es, el proceso de transformación en un Estado nacional real- sino que se propuso demostrar a los vecinos europeos la madurez con la que los políticos italianos reclamaban un sitio en el exclusivo “club de las grandes potencias”.

Las directrices de la política exterior italiana durante los últimos decenios del siglo XIX fueron así consolidadas en cuanto Italia demostró fehacientemente que podía ser una ficha importante, al menos en el juego de las alianzas representado en el tablero europeo. No es casualidad que la península italiana se encontrara justo en medio de algunas de las cuestiones sobre las que gravitaba el interés de la diplomacia europea de la época. Como ha afirmado Fernando García Sanz, el norte de África, la salvaguardia del *status quo* del Mediterráneo y la cuestión oriental, “hacen de Italia un punto de obligada referencia a la hora de dirimir algunos de los problemas más importantes de aquellos años”.⁶ Si el factor geográfico jugaba un papel importante en la complicada y a menudo delicada red

¹ Para profundizar en el proceso unificador italiano, véanse Derek Beales y Eugenio Biagiani, *Il Risorgimento e l'unificazione italiana*, Il Mulino, Boloña, 2005; Chabod, Federico, *Storia della politica estera italiana dal 1870 al 1896*, Laterza, Bari, 1951; A. De Bernardi y L. Ganapini, *Storia dell'Italia unita*, Garzanti, Milán, 2010; y E. Passerin d'Entrèves, *La formazione dello Stato unitario*, ed. Nicola Raponi, Istituto per la storia del Risorgimento italiano, Roma, 1993.

² En junio del año siguiente se convirtió oficialmente en capital del Reino de Italia.

³ Sobre la Izquierda histórica, véase G. Carocci, *Storia d'Italia dall'Unità ad oggi*, Feltrinelli, Milán, 1977.

⁴ M. Vaussard, *Historia de Italia contemporánea 1870-1946*, Surco, Barcelona, 1952, pp. 37-53.

⁵ G. Naitza, *Il colonialismo nella storia d'Italia (1882-1946)*, La Nuova Italia, Florencia, 1975, pp. 49-51. Un elemento que contribuyó al comienzo de la aventura colonial italiana en Eritrea fue sin duda la proclamación del protectorado francés sobre Túnez (12 de mayo de 1891), lugar en el que no solo residía un nutrido grupo de italianos, sino el territorio sobre el cual el mismo Gobierno de Roma pretendía establecer, a la vez que Francia, un protectorado. La mayor rapidez de París, obligó a los italianos mirar hacia África oriental con mayor atención e interés.

⁶ F. García Sanz, ‘Las directrices de la política exterior de Italia (1878-1896): las fuerzas profundas’, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 10, Ed. Complutense, Madrid, 1988, p. 94.

diplomática, el factor económico y político de cada uno de los estados interesados, podía también influir profundamente en el avance de los acuerdos bilaterales.

Por su parte, la España de la época, en su intento por salir del estatus de “periferia de Europa”, no tardó en demostrar un cierto interés en mantener contactos no solo con las potencias ya afirmadas (como en el caso de Gran Bretaña y Francia), sino también con posibles aliados emergentes como por ejemplo el recién constituido Reino de Italia. Los dos países provenían de procesos evolutivos extremadamente diferentes: Italia, como hemos visto, representaba la gran novedad institucional de Europa, mientras que España era considerada como la reliquia de la vieja política propia de aquel *Ancien régime* que ya formaba parte del pasado. La política española ambicionaba -con el proyecto de la restauración promovido por el rey Alfonso XIII- la posibilidad de superar la grave crisis que mantenía todavía lejanas las perspectivas de modernización e industrialización del país. Incluso en el ámbito de la política extranjera, al Estado español le costaba reencontrar el puesto de potencia colonial que la había caracterizado como uno de los países más extensos del mundo. La pérdida de todos los territorios del continente americano, que tuvo lugar durante la primera mitad del siglo XIX (con la única excepción de Cuba), no había hecho más que cuantificar en términos territoriales la crisis político-institucional de un imperio en decadencia.⁷ No obstante, en el tablero europeo, la colonia del Marruecos español representaba aun una ficha importante, sobre todo respecto a los intereses franceses.⁸ Y fue justamente la presencia de Francia en la mayor parte de la costa norteafricana una de las principales causas del acercamiento entre Italia y España reforzada, a su vez, tras el nacimiento del protectorado francés en Túnez -con el beneplácito de Gran Bretaña- en 1891. Como respuesta a la arrogancia de la política africana del país transalpino, Italia replicó firmando el acuerdo con Austro-Hungría y Alemania en el primer tratado de la Triple Alianza, en mayo del año siguiente. Era evidente que uno de los principales objetivos del pacto era la tácita oposición al expansionismo anglo-francés aunque también había otros: por una parte se especulaba con la posibilidad de una recíproca ayuda en el caso de un eventual ataque que dañara a uno de los tres componentes del tratado; por la otra, se intentaba llamar la atención de otros países que pudieran garantizar ulteriores alianzas político-militares con fines estratégicos. Basándose sobre todo en esta última prospectiva, el gobierno italiano no perdió tiempo e intentó poner en marcha un tímido contacto con Madrid con el fin de llegar a un primer acuerdo. El 4 de mayo de 1887, el embajador italiano en España, Carlo Alberti Maffei di Boglio conseguía con éxito la firma del Pacto Secreto firmado por el entonces ministro de la Gobernación Segismundo Moret. Este pacto fue especialmente auspiciado por este último, quien, como recordó posteriormente el conde de Romanones, deseaba “que España siguiese el ejemplo de su hermana latina Italia, que, hace medio siglo, dividida e invadida por vecinos poderosos, ha tenido la energía y el acierto necesarios para redimir todo su

⁷ Para un breve análisis de la historia y los efectos socio-políticos de la independencia de América Latina, se aconseja la lectura de J. Mancini, *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas desde los orígenes hasta 1815*, Bedout, Medellín, 1970 y G. Zaragoza, *América Latina: la independencia*, Anaya, Madrid, 1994.

⁸ No olvidemos que el protectorado español en Marruecos representaba una importante cabeza de puente en el estrecho de Gibraltar, fundamental para el control estratégico de las rutas comerciales entre el Mediterráneo y el Atlántico. Además de Francia, que desde hacía tiempo poseía Argelia, Gran Bretaña participó en el mantenimiento del *status quo* del área gracias a la importante posesión de Gibraltar. Para un análisis de la delicada cuestión de las relaciones político-económicas y sociales del estrecho de Gibraltar entre los siglos XIX y XX, véase mi otro ensayo: M. Tomasoni, ‘La “frontera sur”. Il confine dimenticato’, *Diacronie. Studi di storia contemporanea*, nº 1, ottobre 2009, disponible en http://www.studistorici-.com/wpcontent/uploads/2009/10/TOMASONI_-Dossier_1.pdf (consultado el 6/10/2010).

suelo y ocupar hoy un primer puesto entre las naciones del mundo”.⁹ A la llamada de Italia, respondió una España evidentemente deseosa de romper aquella especie de asedio francés que pesaba sobre ella: por un lado no se escondía la mediación de la “prima latina”; por otro, se demostraba interés por un posible acercamiento hacia los otros miembros de la Triple Alianza. Semejante acción sería definida como la “estrategia del Mediterráneo”, e iniciando así a constituirse como una política muy conveniente para ambos países gracias a la práctica del “defender y conquistar, dos conceptos opuestos que están en relación con la política exterior que ambos estados intentarán llevar adelante: neutralidad española y compromiso italiano”.¹⁰ Este tratado diplomático no fue ciertamente el primero que los dos países firmaban, ya que algunos años antes, entre 1892 y 1893, la iniciativa de Moret (en la época Ministro de Fomento) había acercado Italia y España mediante pactos de carácter comercial, como demuestran el Pacto Comercial de 1893 y su ratificación al año siguiente a través del respeto por el “modus vivendi” acordado.¹¹

A través del gradual acercamiento del país ibérico a la Triple Alianza, quedó en evidencia que Berlín, Viena y Roma tenían como objetivo distanciar de forma definitiva a una España desde demasiado tiempo bajo la órbita francesa; aun así, existían motivos para dudar del verdadero interés de Madrid por la Alianza. Un aspecto, este último, que no tardó en quedar demostrado gracias a la acción diplomática promovida por París que, no solo reactivó los contactos con Madrid, sino que empezó contar incluso con el convencido apoyo del nuevo Primer Ministro Antonio Cánovas del Castillo. No obstante, como subraya García Sanz, el error también fue italiano. El desinterés hacia una alianza real con el país ibérico durante los primeros meses del tercer gobierno de Crispi (1894-1896)¹², frenó considerablemente el intercambio diplomático entre los dos países.¹³ La imposibilidad de establecer una nueva red de acuerdos entre las dos partes del Mediterráneo fue solamente el prólogo de una desastrosa organización de la política exterior. En Italia el gobierno apoyó la propuesta del Primer Ministro Francesco Crispi respecto al avance italiano en los territorios del cuerno de África, previsto para la primavera de 1895. Con el fin de conquistar militarmente algunos baluartes etíopes, se organizó con extrema velocidad un cuerpo de expedición que no solo fracasó en el intento de penetrar en Etiopía, sino que demostró a las grandes potencias la grave incapacidad militar italiana. Todo terminó el 1 de marzo de 1896 en el pequeño poblado de Adua, donde el último baluarte del regio

⁹ Conde de Romanones, ‘Moret y su actuación en la Política Exterior de España’, discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Conde de Romanones, Presidente del Ateneo de Madrid en la sesión inaugural del curso de 1921-1922, Madrid, 1921, p. 79, en Fernando García Sanz, *Historia de las relaciones entre España e Italia. Imágenes, Comercio y Política Exterior (1890-1914)*, CSIC, Madrid, 1994, p. 49.

¹⁰ Fernando García Sanz, ‘Las directrices de la política exterior de Italia’, op. cit., p. 93.

¹¹ Ibid., pp. 50-51.

¹² Fue sobre todo el italiano Alberto Blanc, ministro de Asuntos Exteriores de Crispi, quien se demostró poco interesado en mantener un contacto con España. Aun así, Antonio Cánovas se mantuvo disponible a nuevos acuerdos respecto al arco mediterráneo (teniendo como objetivo Marruecos), pero la incomprensión y las acusaciones italianas de “poca transparencia en los acuerdos” terminaron por aislar de nuevo al reino ibérico. Fue, sin duda, un duro golpe incluso para los miembros de la Alianza que perdieron así la posibilidad de establecer un puente de contacto entre Europa Central y el área occidental del Mediterráneo. Cfr., Fernando García Sanz, op. cit., pp. 77-83.

¹³ No olvidemos las consecuencias del atentado del ministro Cánovas a manos de un anarquista italiano, Michele Angiolillo, el 8 de agosto de 1897. El gobierno italiano intervino inmediatamente denunciando el episodio y ayudando a la policía española en el reconocimiento y la reconstrucción de las causas que desembocaron en la muerte del estadista.

ejército fue literalmente masacrado por los etíopes causando la dimisión de Crispi.¹⁴ Por su parte, España tuvo que rendir cuentas de una costosísima guerra contra Estados Unidos que se alargó durante cuatro meses (abril-agosto 1898) y que se concluyó con el Tratado de París (10 de diciembre de 1898) y la pérdida de las últimas colonias de ultramar como Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam. Frente al *desastre finisecular* según la definición de los integrantes de la Generación del '98, el aislamiento en el que España se había mantenido ya no representaba una garantía para la defensa de la propia soberanía nacional.¹⁵

DE ADUA A CUBA: ITALIA Y ESPAÑA ENTRE LOS ESPECTROS DEL PASADO Y LAS ESPERANZAS DEL NUEVO SIGLO (1898-1907). Al terminar el siglo XIX, la diplomacia internacional entró en una fase especialmente delicada; no solo Italia y España se vieron literalmente arrolladas por una política excesivamente temeraria, sino que otras naciones también cayeron en el peligroso riesgo de verse atrapadas en un conflicto armado. Esta coyuntura dio vida al espinoso debate de la “crisis del sistema” que afectó, entre 1896 y 1899, a un elevado número de países: Francia se arriesgó a comenzar una guerra con Inglaterra a causa del accidente de Fashoda (1898); Portugal sufrió la “crisis del ultimátum” (entre 1890 y 1898); los británicos se vieron comprometidos en el conflicto con Venezuela (1899) por la salvaguardia de los territorios de la Guayana británica, además de iniciarse unos conflictos que afectaron a China y a Japón y que forzaron la intervención de algunas potencias europeas.¹⁶ El resultado fue el alarmante acercamiento a un posible conflicto mundial que solo en los primeros años del siglo XX, al menos temporalmente, se consiguió evitar. Italia, así como España, se despertaba de la pesadilla con el agravio añadido de haber dañado su propia imagen frente a las potencias europeas. Después del gobierno de Crispi, los sucesivos dirigentes, guiados por Antonio de Rudinì, Giovanni Giolitti y Luigi Pelloux quisieron restablecer el orden intentando limpiar la imagen de la clase política italiana.¹⁷ Desde España llegaron no pocos ataques al gobierno italiano, encaminados a poner a Italia bajo una nueva óptica, como por ejemplo el de Benítez de Lugo: “están muy engañados quienes consideran a Italia primera potencia”¹⁸; declaraciones que llegaron a especular con una posible exclusión de Roma de la Triple Alianza.

Por ello era evidente que a inicios del primer decenio del siglo XX los dos países mantenían aún posiciones diferentes respecto al panorama internacional. España se sentía

¹⁴ Para mayor información sobre la guerra ítalo-etíope, se aconseja la lectura de Edoardo Lombardi, *Il disastro di Adua*, Mursia, Milán, 1994 y Emilio Bellavita, *Labattaglia di Adua: i precedenti, la battaglia, le conseguenze (1881-1931)*, I Dioscuri, Génova, 1988.

¹⁵ Véase Antonio Elorza y Elena Hernández Sandoica, *La guerra de Cuba (1895-1898): historia política de una derrota colonial*, Alianza, Madrid, 1988.

¹⁶ Entre 1899 y 1901 se gestó en China la rebelión de los bóxers que intentó expulsar a los representantes extranjeros del país. La rebelión se transformó en una guerra en la que participó la alianza de las ocho naciones (Japón, Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Alemania, Imperio Austro-húngaro, Rusia e Italia). Esta última consiguió bloquear la rebelión apoyada por la dinastía Qing.

¹⁷ No olvidemos el ulterior agravante provocado por el episodio de los motines de Milán de 1898 (también conocidos como la “protesta del estómago”), durante los cuales el general Bava de Beccaris fue autorizado a reprimir la revuelta con “cualquier medio”. El resultado fue una tragedia; casi un centenar de civiles fueron masacrados por los golpes de fusil del ejército mientras el general fue condecorado con la Gran Cruz del Orden Militar de Savoya al final de la operación. El suceso provocó la venganza liderada por el grupo anarquista que enviaría a Gaetano Bresci, en julio de 1900, a asesinar al rey Humberto I, culpable por haber ordenado la matanza.

¹⁸ ‘La semana extranjera’, *El correo militar*, 7 de abril de 1896, en Fernando García Sanz, op. cit., p. 141.

traicionada por las potencias europeas que la habían abandonado a su destino, mientras Italia intentaba restablecer y acreditar su presencia en el círculo político europeo. Fracados los intentos de acercar España a la alianza ítalo-austro-alemana, los pocos contactos con el país ibérico se centraron en mantener el *status quo* del Mediterráneo y estaban dirigidos al comercio y al reconocimiento de los territorios coloniales. En cambio, desde un punto de vista cultural, la situación parecía mejorar: autores como Francesco Saverio Nitti (futuro Primer Ministro italiano) eran tan apreciados por los intelectuales españoles que no tardaron en poner en marcha un intercambio cultural con Italia.¹⁹ No obstante, la gestión de la política por parte de ambos países seguía siendo motivo de crítica: se culpaba a los italianos por su superficialidad en la gestión de las relaciones diplomáticas y a los españoles por la incapacidad de reaccionar ante una decadencia marcada por la excesiva dependencia de los ambientes clericales y de las exigencias de los ambientes conservadores, sin olvidar el crecimiento de los nacionalismos periféricos.²⁰

Un nuevo y tímido contacto diplomático entre Italia y España se produjo entre 1900 y 1904 en el marco de una serie de acuerdos que la misma Francia propuso a ambos vecinos (además de Gran Bretaña, con la firma de la famosa Entente cordial²¹). El resultado de estos acuerdos fue un doble pacto bilateral (Francia-España y Francia-Italia) respecto al área de influencia en el norte de África: por una parte Italia se aseguraba la exclusividad de las relaciones con Tripolitania (Libia occidental), y por otra, España mantenía el control sobre el Marruecos septentrional. Fue esta la primera ocasión que permitió un nuevo diálogo entre Italia y España, para la realización de un tratado que permitiese la regularización del área de interés naval entre las islas Baleares y Cerdeña.²² Entre las causas que alimentaron este nuevo acercamiento de los dos países mediterráneos, tuvo sin duda un cierto valor -elemento constante en la relación entre los dos países- la cuestión comercial: la rápida expansión del comercio internacional fue, de hecho, la principal causa de un interés del gobierno español por el estudio de un nuevo protocolo de entendimiento durante el bienio 1904/1905. La propuesta se concretizó en la exportación de materias primas a Italia que, pese a los pocos intereses suscitados, terminó por ser además juzgada como un “peligro para los intereses económicos de Italia, con una estructura comercial y una ‘conciencia exportadora’ que [...] consideraban que podía desplazarles del mercado”.²³ El *modus vivendi* presentado por España acabó creando un animado debate parlamentario que, junto a otras causas, empujó al ministro Alessandro Fortis hacia la dimisión. Su sustituto, Tommaso Tittoni, tuvo que avisar a Madrid de que la Cámara de los Diputados había rechazado el acuerdo provisional.²⁴ Nuevamente las dos naciones mediterráneas se encontraban divididas desde un punto de vista político (y no

¹⁹ Recordemos la importancia de institutos como la *Academia Española de Bellas Artes* ubicada en Roma y el histórico *Colegio de San Clemente* (o Colegio de España) de Bolonia. Desde finales del siglo XIX, se instituyó en territorio español la *Casa de los italianos*, institución político-diplomática de la numerosa colonia italiana en la ciudad de Barcelona.

²⁰ F. García Sanz, op. cit., pp. 204-205 y 218-221.

²¹ Fue el primer núcleo de la Triple Entente, a la que se uniría en 1907 Rusia después de haber resuelto los conflictos en Asia con Gran Bretaña con la firma del tratado de San Petersburgo.

²² El *Desastre* de 1898 no sólo había debilitado al aparato político-institucional español, sino que también había reducido el “espacio comercial” de la Península Ibérica que ahora contaba únicamente con la parte peninsular, el protectorado de Marruecos, Ceuta y Melilla, el pequeño dominio de la Guinea Ecuatorial y los estratégicos archipiélagos de Canarias y Baleares. La necesidad de estipular acuerdos era, por tanto, fundamental para la reactivación de la actividad comercial. Cfr., Javier Tusell *et alii*, *La política exterior de España en el siglo XX*, UNED. Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, pp. 40-42.

²³ F. García Sanz, op. cit., p. 280.

²⁴ *Ibid.*, p. 285.

sólo comercial), aunque no tardarían mucho en considerar un nuevo acercamiento gracias a la mediación de un imprevisto actor externo.

La *cuestión mediterránea* parecía haberse resuelto definitivamente con los acuerdos de 1904, pero una inesperada intervención diplomática alemana reavivó el tono del debate. Desafiando los acuerdos anglo-franceses sobre el *status quo* del norte de África, el káiser Guillermo II decidió desembarcar en Tánger con la intención de reivindicar la independencia de Marruecos, bajo la guía de su legítimo sultán, Abd-el-Aziz. La grave crisis provocada por el episodio se discutió en un primer momento en el encuentro de Björkö (julio 1905) y posteriormente en la Conferencia de Algeciras (1906), donde los planes alemanes de romper el entendimiento anglo-francés fracasaron. Italia y España también intervinieron en la defensa de sus derechos, pero fue el marqués Emilio Visconti-Venosta, representante del gobierno italiano, el encargado de mediar respecto a las obligaciones de la alianza con Alemania y a los acuerdos redactados poco antes con Francia.²⁵ La conferencia no comportó grandes cambios en el tema del *status quo* del mediterráneo pero sí aumentó el interés inglés por España e Italia. En cuanto a los primeros, en mayo de 1907 el país ibérico firmó los acuerdos de Cartagena para el recíproco reconocimiento de las posesiones mediterráneas, mientras, poco antes, -el 18 de abril- el rey Eduardo VII se reunía con Vittorio Emanuele III para intentar convencerlo de que hiciera una visita al joven monarca español Alfonso XIII. El asunto fue tratado con extremada confidencialidad por parte del gobierno italiano, sobre todo en lo que concernía a los acuerdos anglo-italianos sobre la influencia italiana en Tripolitania y Cirenaica.²⁶

A pesar del incentivo británico, que pretendía un beneficioso acercamiento italo-español, los dos gobiernos demostraron nuevamente su incapacidad para generar un acuerdo válido. De hecho, ni siquiera se hizo oficial el encuentro entre las familias reales, en parte debido a la decisión italiana de aumentar las tarifas aduaneras para la importación de materias primas, siguiendo fielmente el esquema económico proteccionista. Una vez más la mediación había fracasado en su intento de acercar a los dos países mediterráneos considerados, pese a todo, estratégicos para el equilibrio europeo. Mientras tanto, Roma y Madrid seguían mirándose con apatía y desconfianza.

LA REBELIÓN CONTRA LOS ESQUEMAS EUROPEOS: EN BUSCA DE UNA PROPIA IDENTIDAD (1908-1918). Después de los encuentros de Algeciras y Cartagena, España estaba lentamente demostrando que podía recuperar, a través de la idea regeneracionista, un cierto protagonismo en el concierto europeo y que podía dejar atrás el desastroso '98.²⁷

²⁵ En la conclusión de la Conferencia y el retorno al "status quo" precedente a ella, Italia y España habían actuado según sus propias necesidades; "mientras la política exterior italiana entró a partir de Algeciras en una fase que descubría sus debilidades y peligros [...], España, por primera vez desde la guerra de Cuba, había tenido la oportunidad de poner de manifiesto que seguía una línea política exterior más o menos clara". Así pues, por una parte encontramos a una Italia obligada a respetar la amistad alemana de la Triple Alianza, y por la otra, lo importante era salvaguardar los tratados con Francia. Cfr., Fernando García Sanz, op.cit., p. 310.

²⁶ F. García Sanz, *España e Italia en la Europa de la paz armada (1890-1914)*, UCM, Madrid, 1993, pp. 337-341.

²⁷ Emilio de Diego nos ofrece un análisis detallado de los factores que condicionaron el periodo posterior al desastre del 98. Si por una parte es evidente que "sería absurdo decir, como han hecho algunos, que lo españoles acogieron con indiferencia la pérdida de las Antillas y Filipinas", por otra, es igualmente cierto que hubo una manifestación popular con la finalidad de desenmascarar a los "culpables" del desastre. Evidentemente quienes subieron al estrado como imputados fueron los políticos que habían llevado a España a la catástrofe, incitando así a las nuevas generaciones a que intervinieran, tanto desde el plano político como desde el militar. Desde el punto de vista cultural, como hemos visto, los intelectuales del movimiento *regeneracionista* habían exhortado "a la

Excluyendo el breve e infeliz acercamiento a la Triple Alianza, las relaciones con Francia y Gran Bretaña mejoraron durante el primer decenio del siglo XX, así como demuestran los numerosos acuerdos bilaterales, tanto económicos como diplomáticos. El único obstáculo que quedaba por superar era la imposibilidad de llegar a un verdadero *status quo* en el panorama mediterráneo. Francia, que aspiraba a concluir el proceso de colonización de Marruecos, no dudó en ignorar los acuerdos de Algeciras; en marzo de 1907 avanzó en territorio marroquí ocupando la ciudad fronteriza de Uxda y en julio del mismo año, bombardeó y ocupó el importante puerto naval de Casablanca. Para justificar el avance, París puso en marcha de inmediato nuevas conversaciones con Berlín que, sin pensárselo demasiado, aceptó la propuesta de poder comerciar libremente con los territorios franceses de Marruecos. En Madrid, el pacto franco-alemán calentó los ánimos de buena parte de la clase política que respondió con una nueva estrategia político-militar en sus posesiones africanas; esta vez sin la intención de atender al bienestar de la comunidad internacional. No obstante, como afirma Andréé Bachoud, el ministro Antonio Maura reaccionó con prudencia a las presiones para que iniciara una rápida intervención militar. *De facto*, existía el peligro real de no poder soportar el avance francés en territorio africano español²⁸, además de que España no estaba todavía preparada para iniciar una nueva aventura colonial.²⁹ Durante 1909 se produjo un tímido avance español en el área cercana a Melilla, provocando la reacción de las tribus locales. El breve conflicto terminó con una sangrienta batalla, conocida como la derrota del Barranco del Lobo.³⁰ Mientras España combatía en el Rif, Italia decidió aprovechar la distensión de las relaciones diplomáticas: apoyó la anexión al Imperio Austro-Húngaro de Bosnia-Herzegovina (octubre de 1908), pretendiendo a cambio la cesión de algunos territorios adriáticos por parte de la Triple Alianza. Sin embargo, a pesar de la insistencia del Ministro de Exteriores Tittoni, Italia no obtuvo nada.³¹ Irritado por el comportamiento de sus aliados, el gobierno italiano decidió, junto a los primos españoles, actuar según sus propios y más directos intereses. El inicio de la guerra ítalo-turca fue así el resultado del momentáneo bloqueo de las relaciones diplomáticas, razón por la que se decidió una intervención de carácter militar sin previa consulta.

Aprovechando la lenta caída del Imperio Otomano (que poco antes, en 1908, había conocido la revuelta política llamada “la revolución de los jóvenes turcos”), el 28 de septiembre de 1911 la *Regia Marina Italiana* desembarcó en Trípoli dando inicio a la campaña de Libia. La guerra duró un año (concluyó el 18 de octubre de 1912) y marcó el definitivo rescate pos-Adua³²; el ministro Giolitti pudo afirmar –ante un parlamento

regeneración del país como resultado de un drástico cambio social hacia la modernización”. Cfr., Emilio De Diego, ‘¿1898 como inicio de una nueva orientación en la política española?’, en Juan Valverde Fuertes (coord.), *Perspectivas del 98, un siglo después*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1997, p. 63-70.

²⁸ A. Bachoud, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Espasa, Madrid, 1988, p. 46.

²⁹ J. Tusell *et alii*, *op.cit.*, pp. 79-81.

³⁰ Tras la derrota militar, España siguió su lucha contra los rebeldes *rifeños*, que duró hasta finales de los años 20. Maura, después de la derrota de 1909 y los sucesivos graves episodios de la *Semana Trágica* de Barcelona (causados por la obligatoriedad del servicio militar debida a la guerra del Rif), ya había anunciado cómo Marruecos “se acabaría convirtiendo en ‘otra Cuba’”. Cfr., Javier Tusell *et alii*, *op.cit.*, p. 80.

³¹ Luigi Albertini, *Le origini della guerra del 1914*, vol. I, Bocca, Milán, 1942, pp. 214-215.

³² Durante el conflicto no faltaron duras reacciones por parte del mundo político europeo. España se encontró, durante algunos días, al medio de una crisis diplomática con Roma a causa de la organización de una visita cultural de la delegación turca (prevista para el 11 de abril de 1912) que finalmente se tuvo que anular por las presiones del embajador italiano en Madrid, Bonin de

entusiasmado- que Libia, Rodas y el archipiélago del Dodecaneso eran italianos, aunque algunos opositores a la guerra, escépticos como el intelectual Gaetano Salvemini, denunciaron el enorme esfuerzo económico-militar que había proporcionado a Italia tan sólo una enorme “caja de arena”.³³ Roma se encontraba ahora en el centro de la atención internacional: no solo había puesto en tela de juicio de nuevo el *status quo* del Mediterráneo, sino que también había suscitado un debate sobre las técnicas de represalia utilizadas contra la población civil norteafricana durante la guerra.³⁴

El Tratado de Lausana (firmado el mismo 18 de octubre de 1912) estableció el fin de las hostilidades. El conflicto había modificado parcialmente la geografía del área, obligando a Francia y a España no solo a reconocer los nuevos territorios italianos, sino obligándolos también a verse a forzar nuevos acuerdos. Esta política dio sus primeros frutos el 4 de mayo de 1913 cuando Italia y España firmaron la *Declaración ítalo-española sobre Libia y Marruecos*, reconociendo así la soberanía sobre las respectivas áreas de influencia.³⁵ El acuerdo ítalo-español no tardó en asumir una inmediata relevancia dentro de la estabilidad mediterránea; tanto la Entente como la Alianza no tardaron en llegar a nuevos compromisos con los dos países latinos. Para Londres y París, el factor España se estaba convirtiendo en un importante avance para el control de un área, el Mediterráneo occidental, indudablemente estratégica³⁶, mientras Viena y Berlín aspiraban a absorber Italia en su campaña afro-mediterránea, declaradamente antifrancesa y antibritánica. Paradójicamente, mientras los dos bloques se estaban empujando cada vez más hacia el abismo de un conflicto europeo, Roma y Madrid empezaban, después de las

Longare. Cfr., F. García Sanz, *Historia de las relaciones entre España e Italia*, op. cit., pp. 385-386.

³³ Esta expresión nació en una campaña antimilitar promovida por la revista literaria “La Voce” que durante el agosto de 1911 publicó un célebre número con el objetivo de persuadir a las autoridades para que retomaran el conflicto contra Turquía (‘Perché non si deve andare a Tripoli’, *La Voce*, año III, nº 33, 17 agosto 1911). De esta iniciativa, Gaetano Salvemini animará un acalorado debate aparecido en uno de sus últimos artículos publicados en la revista (en diciembre del mismo año, la dejará para fundar Unità), donde encontramos una crítica feroz al gobierno de Giolitti, acusado de haber ordenado la “inútil” conquista del territorio líbico. Para un análisis de la presencia italiana en Libia, véase Ali Abdullatif Ahmida, *The making of modern Libya: state formation, colonization, and resistance, 1830-1932*, State University of New York Press, Nueva York, 1994, pp. 103-158.

³⁴ La opinión pública europea debatió durante toda la duración de la guerra acerca de la presunta represión militar creada para eliminar cualquier tipo de rebelión de la recién constituida colonia. En España, así como en otros países, la atención de algunos periódicos recayó sobre episodios posteriores a la acción militar en Sciara Sciat; no solo se criticaba la gestión de la represalia italiana, sino que se hablaba de un verdadero genocidio (véase Lino Del Fra, *Sciara Sciat: genocidio nell'oasi. L'esercito italiano a Tripoli*, Datanews, Roma, 1995). Como sintetiza García Sanz, al intentar sepultar estas acusaciones, el gobierno italiano, concluida la contienda, empezó a presionar a países como España para nuevos acuerdos diplomáticos. Cfr., F. García Sanz, *Historia de las relaciones...*, op. cit., pp. 422-424.

³⁵ El acuerdo con España quería ser un punto de partida para reconstruir sobre nuevas bases las relaciones con Francia y Alemania respecto al “status quo” del Mediterráneo; como confirmaron los embajadores Tittoni (París) y Pansa (Berlín), “era conveniente firmar con España un acuerdo sobre Libia y Marruecos y que además, los respectivos gobiernos de Berlín y París no veían en ello ningún inconveniente siempre que el compromiso se circunscribiese a tales territorios”. Cfr., García Sanz, Fernando, ‘España y el equilibrio mediterráneo en los prolegómenos de la primera guerra mundial’, en *Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, Madrid, nº 15 (junio 1991), p. 105 <http://www.armada.mde.es/ArmadaPortal/page/Portal/ArmadaEspañola/documentacion_revistas/04_cuadernosIH?_pageNum=5&_pageAction=goTo> [consultado el 13/10/2010].

³⁶ F. García Sanz, *Historia de las relaciones...*, op. cit., p. 435.

decepcionantes conversaciones de los años precedentes, a reconciliarse. El 30 de noviembre de 1913, como consecuencia de este acercamiento, nació en Roma el “Comité hispano-italiano”, que no solo se presentaba como una asociación de carácter cultural sino pretendía ser un verdadero puente de contacto “que ha de procurar estrechar las relaciones entre ambos países”.³⁷ Fruto de esta “cercanía” que los dos países se esforzaban en escenificar, fue el *Tratado de Comercio y Navegación* firmado el 30 de marzo de 1914, que si bien los acercaba desde un punto de vista puramente comercial, no olvidaba una mutua protección en caso de un futuro conflicto armado. Como afirmaba el ministro de Exteriores italiano, Antonio di San Giuliano: “una mejora de nuestras relaciones con España puede hacer que obtengamos eventualmente su neutralidad en caso de conflicto europeo [...] Yo personalmente opino que convendría hacer todo lo posible para cultivar las buenas relaciones con España y vincularla a nosotros desde el punto de vista económico para así preparar el terreno a futuros intereses de carácter político y para hacer menos probables sus acuerdos con posibles adversarios nuestros”.³⁸

La guerra europea, advertida ya en los años previos al conflicto, inició oficialmente al terminar el ultimátum austriaco a Serbia, el 28 de julio de 1914. Italia y España quedaron inicialmente al margen de un conflicto que interesaba solo a las grandes potencias europeas, aunque los intereses del irredentismo italiano (Trento, Trieste, Istria y Dalmacia) y el apoyo al Pacto de Londres (26 de abril de 1915), marcaron la definitiva traición italiana a los históricos aliados de la Alianza. Por el contrario, España, pese a los numerosos debates, permaneció neutral durante todo el conflicto. Una neutralidad que aun así, no le evitó al país las graves repercusiones socio-económicas provocadas por la guerra, contribuyendo a alimentar los dramáticos episodios del verano de 1917.³⁹

LA PROLIFERACIÓN DEL SENTIMIENTO NACIONAL: DE LA BUENA RELACIÓN ENTRE MIGUEL PRIMO DE RIVERA Y BENITO MUSSOLINI AL DESINTERÉS REPUBLICANO (1919-1939). Mientras la casi totalidad de los estados europeos participaba en uno de los mayores conflictos bélicos de la historia del continente, España se mantenía al margen del conflicto defendiendo su neutralidad. Antonio Niño ha definido este comportamiento como “amigos de todos, aliados de ninguno”, sintetizando así el modo en que el país ibérico participó en la guerra: únicamente a través de la suministración de materias primas y productos manufacturados a los países beligerantes.⁴⁰ Pero, dejando de un lado la red comercial bélica y un inesperado crecimiento industrial⁴¹, España obtuvo pocas ventajas de un conflicto que alimentó, entre otras causas, la ya citada crisis de 1917. No olvidemos que además, Madrid mantenía abiertas las hostilidades en su protectorado norteafricano, donde venía luchando desde hacía casi un decenio contra los rebeldes locales. Mientras Europa reflexionaba sobre los horrores del conflicto mundial, en 1921, el general Fernández Silvestre decidió

³⁷ ‘Noticias diversas’, *ABC*, Madrid, 29 de noviembre de 1913, p. 15.

³⁸ ‘San Giuliano a Giolitti’, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Roma), carta personal, 18 julio 1913, en Fernando García Sanz, *Historia de las relaciones...* op. cit., p. 474.

³⁹ La también llamada *crisis de 1917* fue el resultado de numerosas conjunciones que contribuyeron a desgastar al ya debilitado sistema parlamentario, casi al borde de una crisis constitucional. A las protestas del ejército (causadas por la pésima organización interna y por las operaciones norte africanas) se añadió una crisis; seguidamente se constituyó una asamblea con el fin de provocar un cambio de gobierno. La grave condición de los operarios españoles aceleró la convocación de una huelga general que las autoridades -representadas por el ministro Eduardo Dato- reprimieron con la intervención del ejército. Cfr., Eduardo González Calleja, *El máuser y el sufragio: orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, CSIC, Madrid, 1999, pp. 227-240.

⁴⁰ J. Tusell *et alii*, op. cit., pp. 100-104.

⁴¹ *Ibid.*, p. 140.

contrastar el constante y humillante avance de los rifeños con una acción militar que terminó en el peor de los modos: más de 3.000 soldados perdieron la vida en la base de Annual quedando esta gesta como la más grave derrota militar española desde los tiempos de Cuba. Los efectos del desastre de Annual marcaron una nueva crisis política que incentivó un caos parlamentario palpable en cuatro gobiernos distintos y una gran inestabilidad. En septiembre de 1923, el general Miguel Primo de Rivera al mando de la capitania general de Cataluña, daría un golpe de estado con el objetivo de estabilizar la confusión provocada por dos años de incertidumbre. Finalmente el golpe recibió inmediatamente el apoyo del rey Alfonso XIII quien le nombró jefe del gobierno.

El cambio de régimen, que impuso un “estado de guerra” impuesto por el general y duró dos años, provocó profundos cambios en el orden político-económico del país. El gobierno autoritario de Primo de Rivera demostró, desde sus primeros decretos, que aspiraba a una completa reorganización estatal, tanto en el ámbito interno como en su política exterior; se planificó “la posibilidad de establecer algún tipo de alianza con otra nación con intereses en el Mediterráneo occidental y que se opusiese a las ambiciones hegemónicas francesas que [...] eran con mucho las que más herían la sensibilidad nacional”.⁴² Era evidente que la atención del general español estaba dirigida hacia Italia y más en concreto hacia su joven y poderoso Presidente del Consejo, Benito Mussolini. El fundador del movimiento fascista estaba en el cargo desde el 31 de octubre de 1922, tras la célebre “marcha sobre Roma”, que a su vez había inspirado, en septiembre del año siguiente, la “marcha sobre Madrid” de Primo de Rivera. La España del dictador demostró que quería acelerar progresivamente su paso a un sistema político autoritario, contando con el apoyo de un componente conservador muy favorable.⁴³ Por otra parte, en muchos países la opinión pública ya se había convencido de que “Mussolini era, en Italia, el hombre providencial que salvó a la nación del caos. En España, ese hombre providencial no podía ser otro que Primo de Rivera”.⁴⁴

A finales de noviembre de 1923, poco más de dos meses después del inicio del régimen de Primo de Rivera, el general, acompañado por su hijo José Antonio⁴⁵ y por la familia real, visitó oficialmente Italia. El viaje constituyó una verdadera y definitiva alianza entre los dos jefes de gobierno, reflejada perfectamente en las palabras expresadas por Primo de Rivera en el primer encuentro oficial con Mussolini: “Excelencia, vuestra figura ya no es italiana solamente, sino mundial. Sois el apóstol de la campaña dirigida contra la disolución, la anarquía que iba a iniciarse en Europa. Habéis sabido hablar al corazón del pueblo [...] y con vuestra elocuencia arrebatadora le habéis ganado rápidamente a la causa del orden, el trabajo y la justicia. [...] Hoy la casi totalidad de ese ejército y de ese pueblo comprenden que, al ejemplo de un pueblo hermano de costumbre y raza, podían ellos

⁴² Ibid., p. 145.

⁴³ Lo explicó Francisco Cambó (ex ministro de Fomento durante el último gobierno liberal) en su análisis de las “dictaduras”. El célebre político catalán estaba convencido de la necesidad de un cambio político radical, fundamental para la redención del país: “estas dictaduras no sólo son contrarias a un régimen de libertad, sino que son la prueba de que también un régimen de libertad dispone de soluciones para hacer frente a los máximos peligros y resolver los más graves problemas”. Cfr., Francisco Cambó, *Las dictaduras*, Espasa-Calpe, Madrid, 1929, p. 29.

⁴⁴ Ramón Tamames, *Ni Mussolini ni Franco: la dictadura de Primo de Rivera y su tiempo*, Planeta, Barcelona, 2008, p. 149.

⁴⁵ José Antonio Primo de Rivera es uno de los fundadores, junto a Julio Ruiz de Alda y otros exponentes del filofascismo español, de la *Falange Española*. Este núcleo, después de su fusión con la Junta de Ofensivas Nacional-Sindicalista de Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo Ortega, pasó a ser el principal partido de la extrema derecha española y entró en contacto con algunos importantes exponentes del fascismo italiano y alemán.

también realizar la misma obra de salvación”⁴⁶. Una de las importantes consecuencias del viaje fue, sin duda, la firma del Tratado de Amistad entre los dos países y algunos acuerdos económicos e industriales⁴⁷, además de la organización de una visita a España de la familia real italiana⁴⁸ que tendría lugar al año siguiente.

Tras el feliz paréntesis de los acuerdos ítalo-españoles, Primo de Rivera afrontó la espinosa cuestión de la República del Rif. Aprovechando un ataque de los hombres de Abd el-Krim a las posesiones francesas del protectorado, Francia y España rescataron los acuerdos de Madrid (junio de 1925), coordinando una expedición militar que en septiembre del mismo año derrotó definitivamente a la resistencia local. La importante victoria de Alhucemas dio un nuevo vigor al país; y el dictador decidió ponerse a la cabeza de un directorio (que de militar, se convertía en civil) con el objetivo de modernizar el país. Sin duda uno de sus principales objetivos fue el intento de expandir el modelo económico corporativista, tomando ejemplo de una revolución fascista que había implantado este modelo en Italia hacía ya algunos años.⁴⁹ Las numerosas reformas y un tímido protagonismo en la política exterior no fueron sin embargo suficientes para que España alcanzara ese grado de importancia previsto por Primo de Rivera dentro del concierto europeo. Como afirma Susana Sueiro, España sigue siendo, a su pesar, un país de segunda, obligada a una relación de amor-odio con el vecino francés e incapaz de seguir los pasos de su aliado italiano, deseoso de beneficiarse del país ibérico para su proyecto mediterráneo.⁵⁰

El gobierno de Primo de Rivera cayó a finales de los años veinte, ofuscado por el rápido ascenso de la oposición republicana que el 14 de abril de 1931 celebró el nacimiento de la Segunda República española. Roma acogió con aversión el nuevo régimen, no solo a causa de la evidente actitud filo-francesa propia de muchos de sus políticos, sino también debido a que la misma Francia había hecho de todo para no permitir un ulterior acercamiento de España hacia la Italia fascista.⁵¹ Al consolidarse el gobierno de Azaña durante el primer bienio republicano, los esfuerzos de Mussolini para acercar nuevamente Madrid a Roma se agotaron en pocos días. En octubre de 1932, el primer ministro francés Édouard Herriot visitó a Azaña para convencerlo de que se aliara tanto comercial como militarmente con Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. La existencia de estas

⁴⁶ ‘Mussolini y Primo de Rivera. Discurso del Marqués de Estella’, *ABC*, Madrid, el 22 de noviembre de 1923, p. 11. Un defensor de la dictadura escribirá más tarde: “fueron Primo de Rivera y Mussolini, las dos portentosas revelaciones del mundo político, los que al estrechar su amistad, coincidieron en afirmar la importancia que con sus esfuerzos, conquistarán las dos naciones en el concierto mundial”. Cfr., Julián Cortés Cavanillas, *La dictadura y el dictador. Rasgos históricos, políticos y psicológicos*, Velasco, Madrid, 1929, p. 239.

⁴⁷ Se estipuló un ventajoso acuerdo sobre la producción industrial que benefició sobre todo a algunos empresarios como Alberto Pirelli que desde hacía tiempo estaba presente en Cataluña con sus fábricas. Por este motivo, la comunidad italiana de la región costera será siempre la más numerosa en la Península Ibérica. Para mayor información sobre la comunidad italiana en Cataluña, véase Claudio Venza, ‘El consulado italiano de Barcelona y la comunidad italiana en los inicios del fascismo (1923-25)’, *Investigaciones Históricas*, n^o 17, 1997, pp. 265-284.

⁴⁸ J. Cortés Cavanillas, *La dictadura y el dictado*, op. cit., pp. 238-239.

⁴⁹ R. Tamames, *Ni Mussolini ni Franco...* op. cit., pp. 281-282. El mismo autor se refiere a que, como ya dijo José María Pemán, algunas, características del corporativismo de Primo de Rivera fueron extraídas de la constitución para el Estado libre de Fiume (1920-1924). El texto completo está disponible en G. Negri y S. Simoni, *Le costituzioni inattuete*, Colobo, Roma, 1990.

⁵⁰ El mismo Mussolini habría criticado la “congénita e incurable debilidad de la política española frente a la francesa” (Javier Tusell *et alii*, op. cit., pp. 156-157), además de la simpatía de Primo de Rivera por la “farsa colonialista” representada por la Sociedad de Naciones (Ramón Tamames, *Ni Mussolini ni Franco...*, op.cit., p. 432).

⁵¹ Ismael Saz, ‘La política exterior de la segunda república en el primer bienio (1931-1933): una valoración’, *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 6, n^o 4, octubre-diciembre 1985, p. 853.

conversaciones llevó a una inmediata respuesta de Roma respecto a los tratados de 1926, que sin embargo, no recondujeron a Madrid a la órbita italiana.⁵²

Desde este momento, la técnica adoptada por Roma, será el boicot, a través de la implícita (y supuesta) participación en golpes de estado (como la Sanjurjada, el 10 de agosto de 1932), financiando grupos filo-fascistas⁵³, y apoyando de forma decisiva a los nacionalistas durante la guerra civil. Una política, trágicamente violenta, cuyos frutos serán la decisiva victoria del Generalísimo Francisco Franco en abril de 1939 y el posterior inicio de la era franquista, fiel aliado de la Italia fascista hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

Traducido por María Antonia Blat Mir

⁵² Ibid., pp. 855-858.

⁵³ Recordemos la financiación concedida a José Antonio Primo de Rivera, hijo del ex dictador Miguel y fundador de Falange Española, después del viaje de este último a Roma tras la visita a Mussolini en octubre de 1933. Fue un viaje de formación e instrucción que, según muchos autores, sirvió para constituir la primera célula fascista en España; además de las instrucciones recibidas (gracias también a la mediación de Rafael Sánchez Mazas), José Antonio pudo disfrutar de una cantidad de dinero que el Estado italiano le proporcionó a través de la embajada de París. Cfr., Manuel Penella, *La Falange Teórica. De José Antonio Primo de Rivera a Dionisio Ridruejo*, Planeta, Barcelona, 2006, pp. 97-98.